

## BOLIVAR ANTE LA POLITICA DE CARTAGENA EN 1812

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

Veintinueve años contaba Simón Bolívar en los días de su llegada a Cartagena. Imaginación ardiente, ojos vivos, ademanes colmados de actividad eran los dones visibles al instante en el futuro Libertador. Traía en el alma un gran dolor. El suelo nativo estaba sojuzgado otra vez por los mismos dominadores del tiempo colonial. Intentaron los partidarios de la autonomía venezolana erguirse como señores y gobernar como dueños, pero la violencia española cayó sobre ellos como antaño caía el azote sobre las espaldas de los esclavos en los ingenios y en botalones de las haciendas. A cada momento recordaba Simón Bolívar, durante sus primeras horas en Cartagena, los azares de la pugna tremenda: los clamores del 19 de abril de 1810 en las calles principales de Caracas, las reuniones asordadas de los meses siguientes en las soporosas mansiones urbanas o en medio de la naturaleza apacible del campo, los tumultuosos acontecimientos del 5 de julio de 1811. Todo ello le hablaba a gritos, desde el fondo del alma, para invitarle a la restauración y a la venganza.

Era él una de las numerosas víctimas del aplastamiento de la creación republicana en Venezuela. La cual se había originado en la persuasión equivocada de quienes confiaban todo a la opulencia de las ideas, sin ofrecer nada a estas como fundación y sustento.

Tenía ya Simón Bolívar, en octubre de 1812, juicios claros acerca de las necesidades públicas de su patria. Por esto clamaba con voces magnas para condenar la disipación de los recursos comunes, tal como ocurrió en ella a partir de la instalación de la primera Junta de Gobierno; por esto renovaba su fe en el porvenir de la democracia, siempre que acudieran a sostenerla ejércitos bien dotados y capitanes bien definidos. Por esto ambicionaba presenciar en Cartagena, firme y acogedora, y en la Nueva Granada por él desconocida pero amada, acontecimientos mejores, actitudes más altas, episodios más puros.

Está demostrada la presencia de Bolívar en Cartagena en octubre de 1812. No ya en noviembre, como se creyó por muchos años. Desde su desembarco en las playas hospitalarias de la ciudad amurallada, atendió

con atención infatigable y vigilante a las personas y las cosas visibles por sus ojos o perceptibles por su espíritu. Leía en todo ello el pasado, el presente y el porvenir de la Nueva Granada.

Inicialmente dos bandos se precisaban al abrigo de las altas techumbres: el sostenedor de los derechos de Fernando VII bajo el amparo de los Regentes, y el decidido a prescindir de estos sin desmayo, tal como se dijo y resolvió el 11 de noviembre de 1811. El bando regentista era numeroso en 1810, menos perceptible en 1811 y 1812; pero de todos modos representaba una fuerza vinculada a la tradición del sometimiento sin límites a España. El partido antirregentista significaba la ruptura con la conducta de siempre y con el país peninsular.

Miembros ilustres de las grandes familias cartageneras tomaban parte en los debates cotidianos. Era naturalísimo el aplauso de los unos a quienes afirmaban la personalidad de Fernando y el acatamiento a los regentes titulados; también era lógico el acento cálido de cuantos decían adiós a los gobernantes antiguos, en su empeño de trasladar el gobierno del país granadino al asiento de los antiguos virreyes. Temían aquellos se les tildase de traidores a la majestad de los monarcas. Se regocijaban estos de ser creadores de un estado nuevo de cosas, acorde con la dignidad criolla y la majestad americana.

No se limitaron las miradas de Simón Bolívar al recinto de Cartagena. Tampoco a la extensión de sus planicies provinciales. Abarcaron la inmensa comarca del extinguido Virreinato. Y por esta razón se apresuró a dirigirse a cuantos eran americanos, a quienes formaban el Congreso de la Nueva Granada, a cuantos eran ciudadanos de ella. Buscó Bolívar en todas partes ánimos ansiosos de compartir con él la pesadumbre venezolana y de pretender remediarla.

Ofrecer apoyo en Cartagena a uno u otro bando tendría mañana consecuencias perjudiciales y dañinas. Buscó Bolívar el equilibrio de las fuerzas interiores en el gobierno cartagenero mismo, por lo cual se puso bajo la protección del doctor Manuel Rodríguez Torices, joven como él, colmado de entusiasmo y energía en el servicio de la república. Obedecer a su gobierno era conveniente desde el punto de vista de la legitimidad, e imparcial por otra parte, dada la condición forastera de Bolívar y de los compañeros suyos en el instante de la emigración.

En octubre, noviembre y diciembre de 1812, Bolívar no pudo ver ampliamente clarificada la situación de los partidos de Cartagena. Le era fácil adivinar su futuro, sin duda alguna. El bando resuelto y determinado de los ejecutores del 11 de noviembre de 1811 se hallaba en aptitud de hacerse respetar y en condiciones de adquirir nuevos y vigorosos adeptos. Pero a su mirada de águila no se ocultaba la presencia de españoles sigilosos y solapados, tan pronto abiertos a las palabras de libertad como cerrados a cuanto significase autonomía y liberación para las gentes criollas de mayor entidad.

A tales peninsulares miró siempre con temor Simón Bolívar, pues ellos significaban la reserva monárquica, peligrosa en extremo dentro de las fronteras granadinas.

Para aquellos sostenedores de la autoridad indeclinable española fueron de mucho cuidado Simón Bolívar, Miguel Carabaño, Fernando Carabaño y Manuel Cortés Campomanes. Los vieron llegar como emigrados de Venezuela dominada de nuevo, no en calidad de portadores de una doctrina de libertad y de justicia. El gobierno de Manuel Rodríguez Torices, favorable a tales capitanes, fue mal visto por quienes hablaban del interés granadino y del interés venezolano como de elementos contrapuestos o adversos.

Certera fue la orientación política de Bolívar al aceptar sobre sí, por igual, la autoridad del ejecutivo de Cartagena representado por Manuel Rodríguez Torices, y la influencia plena del congreso de la nación, inspirado y regido por Camilo Torres. Mientras unos se detenían con su acatamiento ante la autoridad provincial, simplemente, Bolívar ampliaba sus miras y se abrigaba bajo el manto de los legisladores de la Nueva Granada.

Amaneció sobre sus colinas, ondulaciones, montañas, valles y abismos, el sol de 1813.

Los primeros esfuerzos de Bolívar en apoyo de la dignidad cartagenera fueron eficaces.

De la costa atlántica hacia Santafé y desde tal ciudad hacia las playas del Caribe, soplaron vientos de concordia, solidaridad y amistad.

La campaña triunfadora del brioso capitán lo llevó a Caracas, en donde fue recibido con el título de Libertador. Desde ella recordó a quienes le habían oído con fe y atendido con esperanza, desde octubre de 1812. Y desde ella adoctrinó una vez más a sus buenos amigos de Cartagena, en el sentido de exhortarles a cuidar de los enemigos interiores, lisonjeros a fin de no hacerse nunca sospechosos, pero siempre dispuestos a volver sus armas contra el pabellón de la República.

---

Los enemigos interiores fueron mucho más temibles de lo que nosotros podemos imaginar ahora. Nosotros vemos apenas las líneas generales del horizonte historial. Por lo mismo somos incompetentes para señalar con todo su relieve y todo su volumen el poder de quienes permanecían adictos al Rey mientras sus parientes, amigos o vecinos se decidían en contra de lo política española más neta.

Los enemigos interiores disponían de recursos varios para su empeño. Señalar los defectos personales e individuales de los patriotas sería para ellos una acción fácil y por demás sencilla. Al señalar las fallas intelectuales de aquellos servidores, sería posible preparar los ánimos en contra de sus ideas esenciales.

Tal como halló preparados a los ejecutores de la República el amanecer del 20 de julio de 1810 o del 11 de noviembre de 1811, así entraron ellos al gobierno civil o a los organismos militares. Ciertamente sus defectos pudieron ser muchos, sus flaquezas numerosas, su ignorancia política más o menos extensa; en cambio, contaban con el amor al estado nuevo, a la nueva política, a la restauración ambicionada.

Decíamos, pues, que los enemigos interiores disponían del fácil recurso de poner en la picota a todos aquellos que significaran reforma en la administración del país. Desconceptuar a un hombre era tanto como desconceptuar la doctrina por él preconizada o sustentada; arruinarlo en su crédito personal equivalía al desmoronamiento inmediato o futuro de sus puntos de vista. Los patriotas veían a su lado a los peninsulares realistas o a los criollos ajenos al movimiento republicano, pero nada podían hacer para reducirlos a límites compatibles con la revolución de la patria.

Nadie conocía mejor a los republicanos, con todas sus debilidades, deficiencias e impreparación, que los españolizantes y regentistas de 1810 a 1814. Tan simple es lo que decimos que apenas podemos tener la audacia de estamparlo. Tales espectadores fueron funestos para los anales de entonces y para los escritos del porvenir. Porque debe saberse muy bien que las campañas posibles hoy contra el honor, el prestigio y la dignidad de los próceres de la independencia colombiana o americana, se fundan en la observación humana de lo que fueron. ¡Y porque fueron humanos se les censura, disminuye, ataca, persigue y acribilla en nombre de la crítica histórica!

La conducta de los enemigos interiores podía también ser efficacísima contra los organismos creados por los independientes, ya fuesen ellos cartageneros, payaneses, santafereños o neivanos. A la cabeza de tales organismos veía el país a caballeros antes ajenos por completo a la política, rotundamente desvinculados de ella por obra del sistema colonial. ¿Cómo podrían estos competir con la tradición de los gobernadores procedentes de Burgos o de Toledo? ¿Cómo tener la razón en la pugna adelantada contra los fiscales y oidores venidos de Segovia, Salamanca o Talavera?

Los españoles solapados de los días de la Primera República Granadina fueron observados con precisión por Bolívar, durante su permanencia en Cartagena o su paso por Tenerife, Ocaña o las poblaciones vecinas a la Capitanía General de Venezuela. Nada podía hacer contra ellos de modo certero, como no fuera mostrar los peligros propios de la *tolerancia* común.

El hombre ordinario de entonces estaba en realidad acostumbrado a respetar, más aún, a venerar a cada uno de los peninsulares encargados de las funciones del gobierno en cualquiera de sus manifestaciones; bastaba el hecho de su investidura para que las gentes le mirasen como a un ser dotado de poderes supremos, tocados a veces de soberanía espiritual o moral. La Real Cédula que mostraban en la diestra, o el pliego señalado por la firma del monarca, eran elementos incontrastables delante de la población americana. El Trono y la Corona respaldaban con todas sus fuerzas y prestigio la categoría de tales señores. Nadie podría contradecirlos, puesto que nadie podría atreverse a declarar cosa alguna en oposición a la magnificencia de los príncipes.

Si esto es claro como la luz de Dios, no resultará difícil admitir que las campañas de descrédito de los realistas francos o solapados fueron muchas y se manifestaron en diferentes ocasiones y en diversos territorios. Cuando uno lee ahora los papeles minuciosos de los tiempos de la Primera República se persuade, con sobra de argumentos, de que tales

empresas de proscripción ciudadana fueron tremendas, graves y muchas veces altamente certeras. Certeras, desde luego, en cuanto ellas convinieron a los planes del partido realista más afanoso y recio.

En Cartagena algunos patricios opinaban de cierto modo acerca de un punto de interés general; otros, con igual buena fe, opinaban en contra. Esto nada puede tener de particular en las conversaciones humanas. Pero al observar la distancia entre los unos y los otros, los españolizantes y regentistas se preocupaban sin límites por agravar sus caracteres, aumentar sus proporciones y disminuir las posibilidades de avenimiento. Estos tenían la razón, para los unos; aquellos la poseían de sobra, para los otros. El resultado era excelente para los sostenedores del sistema de los monarcas: presenciar en los campos verdes el crecimiento de la cizaña y ver levantarse en torno de los torreones republicanos otros potentes que los contradecían con sus enseñas y pabellones.

\* \* \*

De todo punto imposible era para Bolívar en 1812 y 1813 ocuparse minuciosamente de las antipatías de los grupos contemplados por sus ojos escrutadores. Si hubiese intervenido a fondo en aquellos azares, poco se hubiera necesitado para aniquilarlo por completo en días tan colmados de incertidumbre y de pavora.

Basta pasar los ojos brevemente sobre la historia cartagenera del año 1811 para saber hasta dónde llegaron las expresiones vehementes de los grupos empeñados en los asuntos públicos. Y basta recorrer la lista de los próceres mayores para conocer a quienes fueron actores en la pugna de divergencias y de antagonismos de entonces. Cada patriota verdadero se hizo blanco de los realistas abiertos o sigilosos. De esto quedan testimonios ciertamente infinitos.

Y basta igualmente observar el panorama general de los sucesos de la Primera República para tener delante de los ojos el teatro áspero y entenebrecido del país, en momentos cuya trascendencia está medida por las dimensiones de nuestra libertad.

Veamos algunos ejemplos sobre lo uno y sobre lo otro:

Acerca de Antonio Nariño hay que observar que no solamente se precipitaron sobre él los ministros españoles de 1794 y el Virrey Don José de Ezpeleta, sino muchos criollos opuestos a su modo de ser, a sus ocupaciones, a sus ideas. Estos últimos figuraron, a lo menos en parte, en las dificultades propias de 1812 y 1813 y en las acusaciones de 1823.

Acerca de Camilo Torres las controversias fueron numerosas. Se le tildó por definido y severo, por incisivo y tenaz, por reflexivo y duro, ya que no pudiera tildársele por injusto o indeciso, por desleal o torpe, por imprudente o por ignorante. Pero las cualidades de este grande hombre, como las de Nariño o las de Santander, eran defectos aprovechables por todos los adversarios de la República autónoma.

A propósito de Santander las pruebas son igualmente muchas. Estudiante del Colegio de San Bartolomé era el 20 de julio de 1810; de ese

claustro salió a tomar en la mano diestra la bandera de la independencia. Por eso se le dijo que carecía de estudios completos de jurisprudencia y que esto le disminuía en presencia de otros abogados de los días de la Gran Colombia. Cualidad suya fue atenerse a la legislación para las orientaciones principales de sus actos gubernativos; pero en esta circunstancia se fundaron todos aquellos que se hubieran complacido en mirarle débil y en aniquilarle claudicante. Altamente le hubieran aplaudido los regentistas y los españolizantes de 1810 a 1840 si le hubiesen hallado menos franco y rotundo, siquiera un instante, en la defensa de la patria y de sus instituciones.

Sobre todos ellos se destaca Bolívar. Al verlo, en octubre de 1812, sobre las arenas de Cartagena, se le motejó por cobarde y por fugitivo. Al reconocerle como miembro del ejército en cuyas filas le inscribió el doctor Manuel Rodríguez Torices, se le tachó por extranjero. Al considerar su ímpetu y arrogancia se le colmó de improperios, pues no resultaban tales dones favorables a la majestad de los reyes. Al hallarle de pie sobre las dificultades y los peligros era facilísimo culparle por imprudente y fiero. Al oírle disertar sobre los problemas de la guerra venezolana y granadina se le inculpaba por temerario, desconocedor y atropellado. Cuando habló de unificación en el alto mando de las campañas nunca faltaron las voces divergentes y rudas para acallarlo y reducirlo. Sin desmayo se le apostrofó largamente: pero estos apóstrofes no procedieron derechamente a toda hora de los labios americanos. Muchas se originaban en la inflexible táctica de los enemigos de América.

Los cuales se referían al decidido capitán en términos como los siguientes:

*"Bolívar, el cruel Nerón,  
Este Herodes sin segundo,  
Quiere arruinar este mundo  
Y también la Religión.  
Salga todo chapetón,  
Salga todo ciudadano,  
Salga, en fin, el buen cristiano  
A cumplir con su deber,  
Hasta que logremos ver  
La muerte de este tirano".*

A este propósito conviene recordar, puesto que los enemigos de Bolívar eran los más voraces enemigos de nuestra independencia, otras apreciaciones.

Decíase de él que era inescrupuloso en lo político, en lo religioso escéptico, en el arte de la milicia improvisado, y en las lides de la ambición personal consumado maestro. Afirmábase que uno de los móviles profundos de su voluntad era el odio a España y a cada una de las cosas emanadas de ella. Las gentes adversas en América a las enseñanzas tradicionales eran sus aliadas predilectas, y las personas amantes del pasado el objeto preferente de sus depredaciones.

Nada bueno era posible esperar de un hombre comparable a Nerón, según frase citada arriba.

Arrojan mucha luz sobre el punto a que hemos venido refiriéndonos algunas líneas del poema denominado *Santafé Cautiva*, escrito por el famoso clérigo realista José Antonio de Torres y Peña. Las apreciaciones versificadas de este enemigo de los criollos republicanos hacen ver hasta qué punto eran violentos los juicios de los *chapetones* de 1813 en oposición a los hijos del país sustentados por la sangre española.

*"Jamás produjo el suelo americano  
En sus selvas o breñas más espesas,  
Ni en sus diversas climas un tirano  
O Caribe de entrañas más aviesas:  
No vio monstruo más fiero e inhumano,  
Ni tigre, ni dragón, que en sus sorpresas  
Igual estrago le haya ocasionado  
Al que Simón Bolívar le ha causado.*

*"¡Y a esta fiera que aborta Venezuela,  
Después que de su patria, a quien destruye,  
Y a la justa venganza, que recela,  
De los valientes que le acosan, huye!  
¡Cuando la fama a todas partes vuela  
De este genio infernal, que solo influye  
El desorden, y el rastro, tras sí lleva,  
De sangre y mortandad horrible y nueva!*

Acostumbrados como estamos a la glorificación del Libertador, no solamente nos desazona este lenguaje de los días de la independencia, sino que lo hallamos extraño y sorprendente. Pero no para quienes trajinamos todos los días con estos papeles es notoria la frecuencia de ellos. Mediante ese género de literatura los realistas atacaban desde sus raíces las ideas referentes a nuestra autonomía política.

Y anotemos, finalmente: estas vivaces transcripciones fueron escritas por la primera vez uno y dos años después de que Bolívar habló, en uno de sus *Manifiestos*, acerca "de los enemigos interiores".

---

Un libro cuantioso podría ser escrito y debería ser escrito a propósito de las ideas políticas del Libertador con motivo de su presencia en la ciudad de Cartagena, en octubre de 1812. Incompleto es nuestro brevísimo comentario tocante a la temible falange solapada y certera de los días fundadores; pero algo puede deducirse útil de tal observación. Mediante conversaciones y rumores clandestinos y merced a una campaña verbal de proporciones no imaginables, la honra, el talento, la ilustración y la dignidad de nuestros próceres fueron clavados en la picota por los defensores de Fernando VII.

Lo que entonces, hace ciento cincuenta años, se dijo por quienes tenían interés en mantener el Trono de Madrid, ha quedado a disposición de quienes quieran en los momentos actuales esparcir a los cuatro vientos las cenizas ilustres de nuestros padres y de nuestros libertadores.

Velen ellos por la herencia de amor y de piedad ciudadana que nos dejaron.